

La muerte del eros

Octubre 2017 | Mark Regnerus | *First Things* | Trad. Isabel Margarita Jordán

<https://www.firstthings.com/article/2017/10/the-death-of-eros>

Algo extraño está sucediendo en los dormitorios de Estados Unidos. En una edición reciente de *Los archivos del comportamiento sexual*, los investigadores informaron que, en promedio, los estadounidenses tienen relaciones sexuales unas nueve veces menos al año que a fines de la década de los noventa. La tendencia es más pronunciada entre los jóvenes. Según la edad y el período de tiempo, las personas nacidas en la década de los treinta tenían más sexo, mientras que las nacidas en la década de los noventa son las que menos han tenido de las que hay registro. Cincuenta años después del advenimiento de la revolución sexual, asistimos a la muerte del eros.

A pesar de todo lo que se habla de la “cultura de las relaciones sexuales”, la gran mayoría del sexo ocurre dentro de relaciones a largo plazo bien definidas. Sin embargo, los estadounidenses tienen más problemas que nunca para establecer estas relaciones. ¿Quieres entender el declive del sexo? Observa la decadencia del matrimonio. Tan recientemente como en el año 2000, la mayoría (el 55%) de los estadounidenses entre los veinticinco y treinta y cuatro años estaban casados, mientras solo un 34 por ciento nunca se había casado (ver Figura 1). Desde entonces, estos grupos han intercambiado lugares. En el 2014, el 52% de los estadounidenses en el grupo de edad mencionado nunca se había casado, mientras que solo el 41% sí lo había hecho. Actualmente, los jóvenes estadounidenses son más propensos a experimentar y manifestar pasión por alguna actividad, causa o tema que por otra persona.

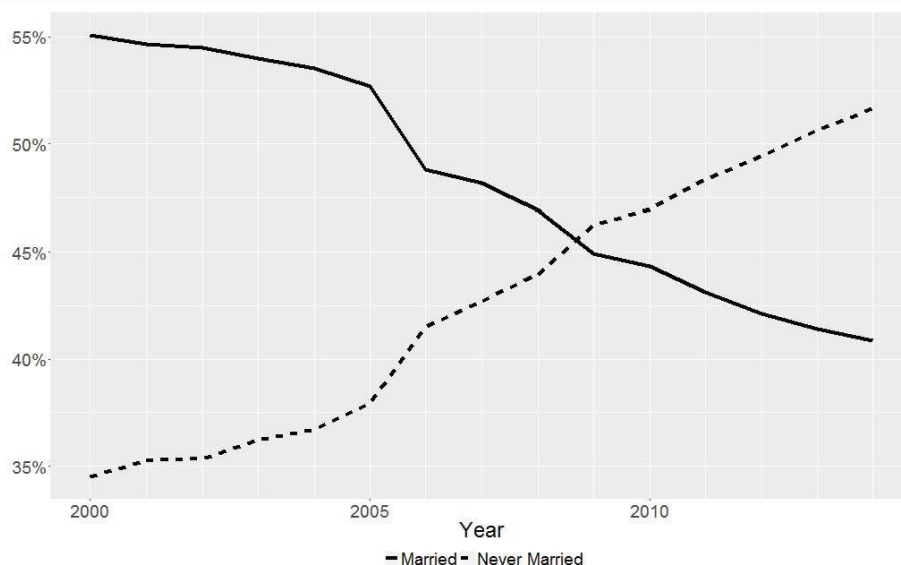


Figura 1.

La disminución del compromiso no es la única razón de la recesión sexual. Hoy en día, uno de cada ocho estadounidenses adultos toma medicamentos antidepresivos, uno de cuyos efectos secundarios más comunes es la reducción de la libido. El uso de las redes sociales también parece influir. El sonido de un mensaje de texto entrante o de una nueva publicación de *Facebook* produce un golpe de dopamina, uno más leve que el del sexo, sin duda, pero sin todas las dificultades propias de una relación. En un estudio de estadounidenses casados entre los dieciocho y los treinta y nueve años, el uso de las redes sociales predijo una peor calidad del matrimonio, una menor felicidad matrimonial y un aumento de los problemas matrimoniales, lo que no es exactamente una receta para una vida amorosa activa.

Si estas fueran las únicas causas, la solución sería sencilla: un poco más de compromiso, un poco menos de tiempo frente a la pantalla, algunas citas más a cenar, más tiempo con un terapeuta y listo. Pero si nos atenemos a los datos, encontraremos que el problema es mucho más profundo, pues se remonta hasta uno de los principios fundamentales de la opinión ilustrada: la idea de que hombres y mujeres deben ser iguales en todos los ámbitos. Las ciencias sociales no pueden decirnos si esto es cierto, pero sí pueden decirnos qué sucede cuando actuamos como si lo fuera. Hoy, los resultados están a la vista. La igualación de los sexos está provocando su desaparición.

Para entender por qué es así, debemos recurrir a Gary Becker, un economista que ganó un Premio Nobel por su estudio sobre los principios económicos que rigen las interacciones humanas. Documentó cómo los beneficios del matrimonio disminuyeron a medida que aumentaba el poder adquisitivo de las mujeres en relación con el de los hombres. Los años entre 1973 y 1983 fueron decisivos. En esa década, los salarios de las mujeres jóvenes aumentaron de manera constante mientras que los de los hombres, en realidad, disminuyeron y no se recuperaron nunca más. Las mujeres tenían menos motivos para casarse y tenían posibles parejas menos atractivas en el caso de que quisieran hacerlo. Aunque a menudo las mujeres se casaban por razones financieras, en general también conseguían muchos beneficios no financieros, incluida la formación de una relación íntima y estable con un cónyuge y la sensación de propósito que conlleva fundar una familia. Estas son cosas que ningún trabajo, por lucrativo que sea, puede ofrecer.

La introducción de la píldora anticonceptiva no ha cambiado lo que más valoran los hombres y las mujeres, pero ha transformado el modo en que se relacionan. El mercado matrimonial antes de la píldora estaba compuesto por un número aproximadamente equivalente de hombres y mujeres cuyas posiciones de negociación eran comparables y predecibles. Los hombres valoraban más el atractivo que las mujeres y las mujeres apreciaban más las perspectivas económicas que los hombres. Sabiendo que los hombres querían sexo, pero comprendiendo que el sexo era arriesgado sin un compromiso correspondiente, las mujeres a menudo exigían un anillo, una señal clara de sacrificio y compromiso.

Ya no. La anticoncepción artificial ha hecho que la gente rara vez mencione el matrimonio en las negociaciones sobre el sexo. Los ideales de castidad que apuntalaban

estas necesidades prácticas han sido reemplazados por himnos al amor libre y la autonomía. Como demostró una mujer de veintinueve años cuando mi equipo de investigación le preguntó si los hombres deberían “trabajar” por el sexo: “Sí. Algunas veces. No siempre. Quiero decir, no creo que necesariamente deba ser entregado por las mujeres, pero sí creo que está bien si una mujer simplemente lo da. Simplemente, no todo el tiempo”. El mercado de las relaciones sexuales ya no conduce al matrimonio, que sigue siendo “caro”: caro en términos de fidelidad, tiempo y finanzas, mientras que el sexo se ha vuelto comparativamente “barato”.

Por cada cien mujeres menores de cuarenta años que quieren casarse, solo hay ochenta y dos hombres que quieren lo mismo. Aunque la diferencia puede parecer insignificante, permite a los hombres ser más selectivos, inconstantes y cautelosos. Si a usted le parece que los hombres jóvenes se están volviendo más exigentes con sus posibles cónyuges, tiene razón. Es el resultado del nuevo desequilibrio de poder en el mercado matrimonial. En una era de sexo accesible, la edad media para contraer matrimonio aumenta. Ahora se encuentra en un máximo histórico de veintisiete años para las mujeres y veintinueve para los hombres, y sigue subiendo poco a poco. En este entorno, las mujeres tienen que elegir cada vez más entre casarse con el Sr. Peor es Nada o con nadie.

Para la mujer estadounidense promedio, la ruta hacia el altar se está llenando de relaciones fallidas y años desperdiciados. Consideremos, por ejemplo, a Nina, una mujer de veinticinco años que mi equipo entrevistó en Denver. Aunque era menuda, atractiva y tenía un buen desempeño profesional en su puesto en una compañía de seguros; estaba teniendo dificultades con sus relaciones. Solía clasificar a los hombres que consideraba como confidentes en la *friend zone*. Tener una relación sexual con estos hombres parecía demasiado arriesgado, pues si salía mal, perdería no solo a una potencial pareja, sino también a un amigo valioso. Por otro lado, si no conocía bien al hombre, estaba dispuesta a tener sexo casual con él mientras esperaba a uno mejor.

Después de varios años, este enfoque había cobrado su precio: un aborto, una depresión y una serie de relaciones fallidas. Nina ahora creía que un matrimonio debería comenzar como una amistad y, por primera vez en años, tenía a alguien concreto en mente: David. Aunque había sido criada por padres liberales para tener una mente abierta respecto al sexo y para desconfiar de los roles domésticos tradicionales, había llegado a ver las cosas de otra manera. Ella fue franca: “Lo digo en serio . . . Me casaría con él, criaría a sus hijos, formaría una familia”.

En su libro “Difícil de obtener” de 2013, Leslie Bell, socióloga y psicoterapeuta, intenta comprender la vida de mujeres como Nina. Ella lamenta que las habilidades que desarrollaron “para progresar educativa y profesionalmente no les hayan permitido obtener lo que quieren y necesitan del sexo y las relaciones”. Cuando se trata de relaciones, sus “libertades sexuales, educativas y profesionales sin precedentes” han tenido “consecuencias contradictorias y paradójicas”.

Tonterías, digo. Lo único contradictorio y paradójico aquí es la expectativa poco realista de tantos de que la independencia financiera de las mujeres tendría efectos

totalmente positivos en la danza de los sexos. Mujeres y hombres todavía se quieren, pero las viejas necesidades que los unían han desaparecido. Aparentemente, muchos las satisfacen solos. Desde 1992, ha habido un crecimiento del 100 por ciento en la proporción de hombres y casi un 275 por ciento en la proporción de mujeres que se masturban al menos una vez a la semana.

Incluso los que se casan tienen problemas en el dormitorio. Según el estudio, la frecuencia con la que las parejas casadas tenían relaciones sexuales cayó un 19% entre el 2000 y el 2014. Una disminución aún más pronunciada es evidente en los últimos datos publicados del 2016. Tampoco se trata solo de parejas casadas; los estadounidenses que conviven también están reportando una caída en la actividad sexual. En su histórico estudio sexual de 1994, Edward Laumann, sociólogo de la Universidad de Chicago, y sus colegas informaron que el 1,3% de los hombres casados y el 2,6% de las mujeres casadas entre los dieciocho y los cincuenta y nueve años no habían tenido relaciones sexuales durante el último año. Veinte años después, el 4,9% de los hombres casados y el 6,5% de las mujeres casadas en el mismo rango de edad informan que ha pasado más de un año desde que tuvieron relaciones sexuales con sus cónyuges. ¿Cómo explicamos esto?

Aquí la igualdad también es enemiga del eros. Las diferencias entre el trabajo de los hombres y el de las mujeres, entre el sostén de la familia y la dueña de casa, entre el padre y la madre, se consideran cada vez más arbitrarias y opresivas. Y, sin embargo, la desaparición de las oposiciones cotidianas entre hombres y mujeres ha provocado que los estadounidenses sean menos atractivos entre sí, no más. No se suponía que fuera así. Algunos sociólogos han adivinado, —o tal vez esperado—, que los hombres que están dispuestos a asumir las tareas domésticas, consideradas tradicionalmente como femeninas, podrían disfrutar de una vida sexual más activa con sus esposas: *quid* en la cocina por *quo* en el dormitorio. Los autores de un análisis reciente de la Encuesta Nacional de Familias y Hogares conjeturaron que las mujeres usarían la promesa del sexo para convencer a los hombres de que realicen más tareas domésticas. A pesar de la forma transaccional de enmarcar el problema, los investigadores abrigaban una gran esperanza: que las relaciones más igualitarias también serían más eróticas. Entonces, ¿los hombres que hacen una mayor parte del trabajo doméstico disfrutan más del sexo? No. De hecho, se les penaliza en el dormitorio. Los maridos que realizaban pocas o ninguna labor doméstica tenían relaciones sexuales con sus esposas casi dos veces más al mes que los maridos que lo hacían todo. Mientras tanto, realizar una mayor parte del trabajo considerado tradicionalmente como masculino en la casa (cortar el césped, arreglar cosas) está relacionado con más sexo. Los hombres y las mujeres no se sienten atraídos por lo semejante, sino por lo diferente. Anhelamos lo que nos falta. Necesitarnos unos a otros hace que nos deseemos unos a otros.

Sin embargo, reconocer esto no arregla nada entre hombres y mujeres. El sexo barato que fue posible gracias a la píldora, rebajado aún más por la pornografía y hecho más eficiente por Tinder, ha demostrado ser un mal negocio para las mujeres, dejándolas (y, a su vez, a los hombres) más solas y menos conectadas de lo que estaban antes. Lo veo en las estadísticas y lo escucho en sus historias.

"La igualdad", escribe la socióloga israelí Eva Illouz en su libro de 2011, *Por qué el amor duele*, "exige una redefinición del erotismo y del deseo romántico que aún no se ha logrado". En efecto, el igualitarismo prometía el florecimiento del eros, pero al abolir la diferencia entre los sexos, ha hecho que los actos sexuales sean autorreferenciales, incluso aquellos que no se realizan solos. Los hombres y las mujeres no son intercambiables, y nuestro esfuerzo por hacerlos así solo ha aumentado la soledad y el desafecto de la vida estadounidense. No podemos tener eros y una estricta igualdad entre los sexos. Salvar a uno requiere sacrificar al otro.

Mark Regnerus es profesor asociado de sociología en la Universidad de Texas en Austin, investigador principal del Instituto Austin y autor de "Sexo barato: la transformación de los hombres, el matrimonio y la monogamia".